UN VELORIO EN AMERICA

Tierras adentro de una República del Plata me encontraba hace años, en los primeros de mi adolescencia; vivía temporalmente, por causas ajenas á mi voluntad, en una *estancia* ó hacienda, que alternaba con las labores propias del país toda suerte de negocios productivos. La casa, cercada, como la mayoría de las de su clase, por una empalizada de árboles secos y desramados, sobresalía en la soledad de los campos extensísimos, de leves ondulaciones, cubiertos de *pastos*, sin marco de montañas, entoldados por un cielo limpio de nubes. La tempestad, que obscurecía á veces ese cielo con las más obscuras tintas, era en rigor la única mutación interesante de aquel vasto escenario que pronto empezó á fatigar mi espíritu.

En tal país, aunque hermosísimo, y con tales años, no era raro que buscase yo toda ocasión de romper la monotonía de mi existencia, siquiera hubiese de prolongarse poco con tal carácter. Una luctuosa casualidad vino... á regocijarme — ¿por qué no decirlo? — una tarde de primavera.

Trajeron una carta para mi amigo Juan, bastante mayor en años que yo, y el mayor también de los hijos del *estanciero* que me daba hospitalidad; decíasele que la tierna y adorable niña de otro *estanciero* amigo, distante quince leguas del lugar en que nos encontrábamos, acababa de fallecer. No se fundó en esto mi alegría,—bien puede comprenderse,—pero sí en la esperanza de asistir á un *velorio*, mucho más cuando Juan me dijo, *confidencialmente*, que quería aprovechar aquella coyuntura... para reconciliarse con su novia Aurora.

Aurora, era la madrina de aquel ángel malogrado en la tierra, y, según costumbre del país, á aquélla correspondían los deberes de vestir y adornar el cadáver, consolar á la *comadre* afligida y obsequiar, sin carestía, á los invitados á la *fiesta*. Estos, á su vez, debían prodigar á los padrinos, especialmente á la madrina, toda suerte de distinciones y agasajos.

Juan, pensó en uno oportunísimo, sobre todo muy de su conveniencia.

Y me encargó que, para el caso, le facilitase alguna de mis rimas inéditas, que él cantaría al son de su guitarra (instrumento para el que poseía especiales dotes), vendiéndose al auditorio como otro *payador* á lo Santos Vega (1).

Complací á mi amigo como adolescente.

Dile versos, ya que no poesía.

Pero, ambos, á cual más contento, partimos al anochecer camino de la *estancia* consabida, cabalgando en potros tan ligeros como mansos.

***

A hora avanzada de la noche llegamos al término de nuestra ruta.

De lejos vimos pasar y repasar los iluminados marcos de las puertas á las parejas ágiles y alegres de un baile improvisado; más tarde, apenas distantes un kilómetro de la *estancia*, oimos el sonido de los instrumentos músicos, las consabidas palmadas y voces de ciertos juegos, y las carcajadas que les acompañaban en su obligada solución ó fracaso.

¿Quién hubiera dicho que, cercana de aquella habitación, en otra contigua, había un despojo de la muerte?

Así era, en efecto.

Juan, enamorado y astuto, lo primero que hizo al echar pie á tierra, fué lanzarse al aposento donde yacía el tierno infante; estaba éste en un cuarto profusamente regado con *Agua de Florida*, sobre una mesa vestida de blanco, atestada de flores y bordeada de luces. La niña, parecía dormida en una onda de brillante espuma; todo era blanco dentro del féretro: desde el rostro del impúber hasta el trajecito blanco, agobiado de encajes,

que le amortajaba; desde la crucecilla y la cadena suspendidas á su cuello, hasta las pequeñas rosas que, formando nimbo, habían acumulado alrededor de su cabeza. A su lado, encontramos casualmente la llorosa madrina que parecía ocupada en retocar alguna imperfección del traje de la ahijada; pero, apenas se apercibió de la presencia de Juan, dejó el cadáver y desapareció con rapidez por una puerta que conducía á la habitación de la madre, á la que fué á prestar sus auxilios y consuelos.

Juan, sintió mucho aquel desaire; quedó un momento pensativo; pero luego, consecuente con su *plan de batalla*, se acercó al ángel dormido, le besó en el rostro, y depositó entre sus manecillas una rosa encarnada que adrede había llevado de su casa.

En seguida fué á engrosar el número de los reunidos en la sala del *velorio*.

El padrino, en ausencia de Aurora, era objeto de las mejores atenciones y deferencias por parte de los contertulios; más él á todos superaba en rebosante alegría, mostrándose á la vez espléndido y cortés en grado sumo. Algunas veces, sus actos y palabras arrancaban voces de entusiasmo á los presentes.

El baile, los juegos más divertidos de sociedad, los cuentos dichos en abundancia y con arte, los chistes producidos con ingenio, los dulces y los *mates* apurados con placer, los licores saboreados con delicia, hacían avanzar las horas con lamentada rapidez.

Sin duda Juan, hábil como siempre en la realización de sus proyectos, estaba de acuerdo con alguno de los allí reunidos (acaso con el que le notició la muerte de la niña), pues habiéndose recitado algunos *versos* y cantando otros á la usanza del país y *á lo flamenco*, se invitó á Juan para que diera á conocer sus dotes de *payador* novel, aunque ya con suerte revelados, según se dijo por vía de estímulo, en anteriores tertulias.

El aludido no se hizo de rogar.

Tomó la guitarra de manos del último cantor, sentóse en un taburete, afianzó y templó el instrumento con énfasis *criollo*, rasgueó las cuerdas y acompañó los melancólicos sonidos de ellas emanadas con un acento más melancólico todavía. Cantó esta rima:

(1) *Payador;* en América, el que canta á la guitarra improvisando, y á veces rivalizando con otros compañeros. Santos Vega, fué llamado, por sus excepcionales triunfos, el de la *larga fama*.

Aunque ya otra esperanza no me queda
que víctima morir de tu desvío,
no imagines, bien mío,
que maldecirte pueda;
antes bien, bendiciendo mi Calvario
y cantando este amor que me consume,
cual la mirra del místico incensario
me desharé en perfume.

Un aplauso indicó á Juan que su obra empezaba con fortuna. Tomó alientos; siguió pulsando lastimeramente la guitarra; garabateó un buen rato en sus cuerdas; golpeó la caja; echó varias miradas entre investigadoras y lánguidas á los oyentes, y, sobre todo, al cuarto donde estaba el cadáver, prosiguiendo al fin con esta glosa:

Mi labio, es un jilguero en tu mejilla
que canta á besos su pasión eterna
cuando á los rayos de la luna brilla
envuelta en llanto tu pupila tierna.
Mi labio, es un jilguero en tu mejilla,
y sólo el Dios del firmamento sabe
lo que gozo... al sentir tu pelusilla
más dulce y blanda que el plumón del ave.
Que canto á besos mi pasión eterna
quiero que sepa el mundo, dulce hechizo;
yo siempre he sido y soy cual la lucerna:
lo que tengo en el pecho exteriorizo.
Cuando á los rayos de la luna brilla
tu pupila de lágrimas bañada,
se abre mi corazón cual la semilla
en el surco fecundo colocada.
Envuelta en llanto tu pupila tierna
una perla parece humedecida
por el hado fatal que nos gobierna
en el mar de las penas de la vida.

No bien moría en el espacio la última palabra de esta glosa, vino á nosotros, del cuarto en que estaba la niña muerta, un agudo sollozo, y, á seguida, otro bruscamente interrumpido.

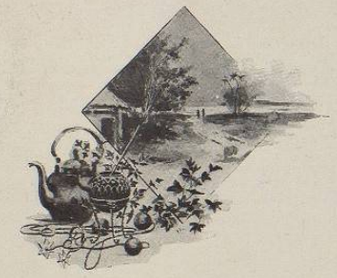
Acudimos todos á averiguar la causa.

Aurora se había desmayado; sobre su pecho, profundamente conmovido por los cantos del intencionado *payador*, había colocado la rosa de color encendido.

Juan no tardó en ser su esposo.

F. TOMAS y ESTRUCH

Ilustraciones de P. BÉJAR



EL CLAVEL

CUENTO

Apesar de haber dicho Mariano de Cavia,—autoridad irrecusable— que lo de *fingir en sueños es cursi* y está *gastado*, como yo he *soñado verdaderamente*, voy á contar á usted *mi sueño*, esperando que por tratarse de una señorita, perdonará por esta vez el castizo é ingenioso escritor, honra de nuestras letras actuales.

—Tiene usted razón. Mariano es sumamente galante y desde ahora puede usted contar con su benevolencia. ¿Qué ha soñado usted?

—Pues señor, era domingo; muy tempranito, casi al amanecer, me hallaba yo no sé cómo ni por quién llevada, en el huerto del convento donde profesó hace dos años mi prima Carlota. ¡Ya ve usted que disparate! ¡Entrar yo en un huerto vedado á todo el mundo!

—¡Dulces cuenticos de los sueños! Siga usted.

—Hirió mis ojos un hermosísimo clavel blanco, que brotaba orgulloso y esbelto de una clavellina, nacida espontáneamente al pie de un triste pero gallardo ciprés. Pedí permiso para arrancarle, me fué concedido, y desde la mata, pasó la flor á engalanar mi pecho.

Loca de alegría volví á mi casa, y acompañado de una cartita amorosa, envié el clavel á mi Alejandro. Este lo cuidó con gran esmero y lo lució por la noche en la comida de la embajada de Italia, llevándolo en la solapa del frac. La hermosura de mi flor llamó la atención de todos, por cuya circunstancia, Alejandro, la cuidaba y atendía como si fuese mi propia persona. Pero Eduardo había abusado un poco y torpemente del *champagne frappé*... y llegó *á la cuarta de Apolo*, inundado de ruidosa alegría. En un palco, cercano al suyo, había una de esas desfachatadas mujeres que tanto daño hacen á la sociedad, llamándose con orgullo, y para mengua del habla castellana, *cocottes* ú *horizontales*, y yo no sé por qué medios, consiguió que mi clavel pasara á su dominio. El clavel, en su pecho, parecía como avergonzado. Terminada la función, *ella*, *él* y varios amigos de esos que viven del oro ajeno, adulando rastreramente al poseedor, resolvieron acabar la noche en un gabinete de Fornos. Menudearon los platos caros y los vinos selectos, mezclándolos con precocidades del peor gusto, y poco antes del amanecer, ¿dónde dirá usted que estaba el clavel mío?

—¿Qué sé yo?

—Deshojado y en el fondo de una taza de café, en cuyo fondo había una especie de fango formado por el residuo del llote y la ceniza de un habano que saboreaba aquella infernal serpiente. Yo lloraba con amargura al ver el inmundo paradero de aquel clavel emblema de mi purísimo amor, cuando afortunadamente dejé de soñar, y con los sentidos despiertos, pude apreciar que todo aquello no era sino una calenturienta creación de mi fantasía. ¿Qué gusto, eh? Todo era mentira. Todo. Y nada más. Pues ya he acabado.

—Ahí acaba el cuento.

—Sí, señor.

—Pues diga usted la moraleja. *La mujer y la flor son parecidas por todo extremo*. Si usted no hubiera entregado el clavel á Alejandro, la pobre flor, libre de mundanales evoluciones, no hubiera ido á morir deshojada en el fondo de una taza de café.

—Es verdad.

—Alejandro, escribe á usted muchas veces para que vaya usted á *verla sola*... á las Calatravas.

—Sola con mi doncella.

—Alejandro sabe que esa muchacha es sobornable. Ir con ella, supone *ir sola* un día ú otro.

—¿Y qué?

—Piense usted en el clavel. *Las flores y las mujeres se parecen mucho*. Hay que evitar á todo trance el *primer paso*. No vaya usted á ver á ese joven.

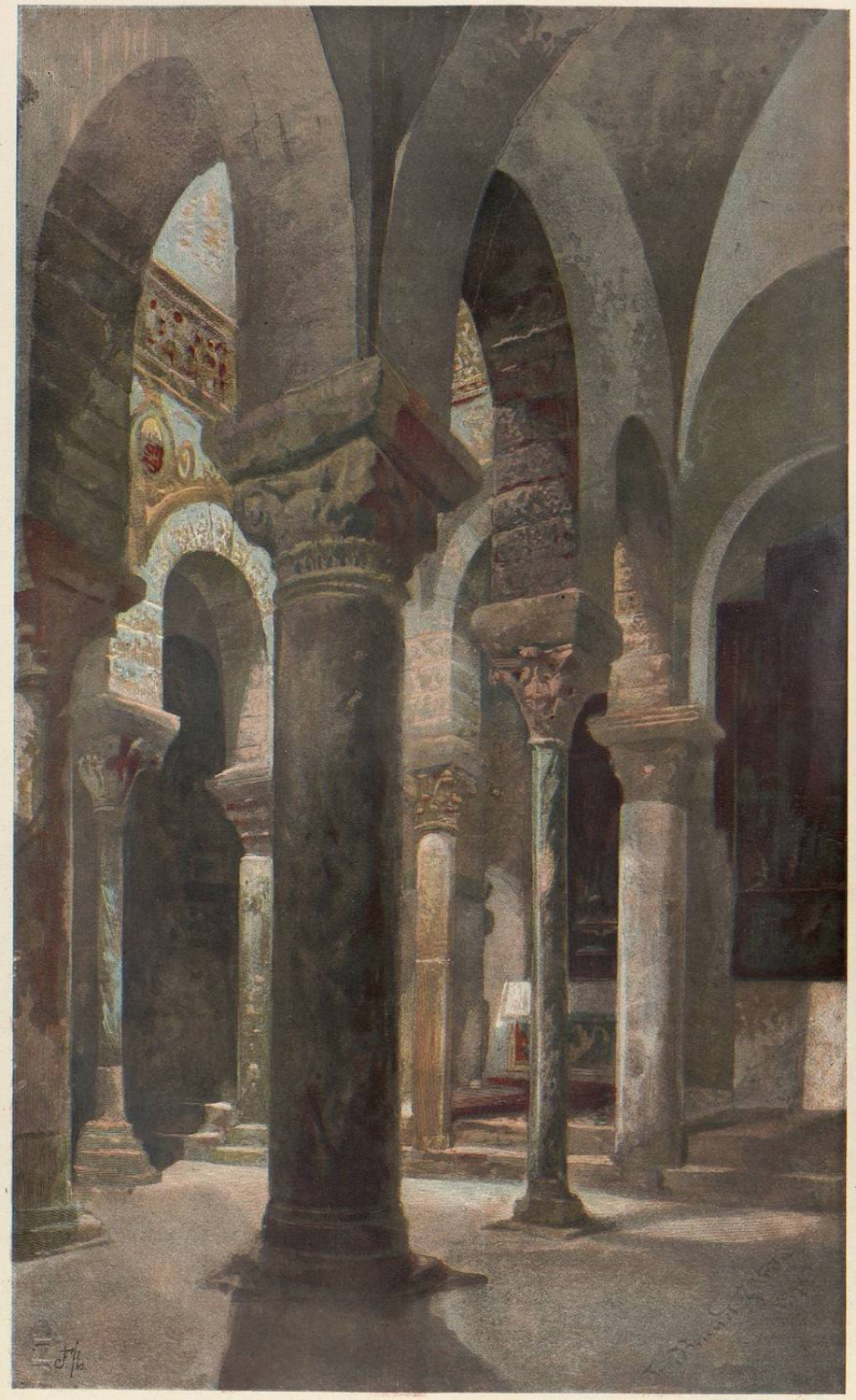
—¿Por qué?

—El inmortal Moreto lo dijo en *El desdén con el desdén*.

«Quien no resiste á empezar
no resiste en proseguir.»
. . . . . .

† Rafael M.ª LIERN

F. BRUNET Y FITA



INTERIOR DE SAN PEDRO DE TARRASA

Lit. Aleu Barcelona.

Modelo del modisto Carlos Casamitjana. *Rambla de Cataluña, 2 pral. Barcelona.*

ALBUM SALON

Obsequio á las damas.

CONCHITA BORDALBA

Aunque el ser una tiple eminente cuya fama llena hoy el mundo artístico basta para justificar la publicación de su retrato en las páginas de Album Salón, no podemos menos que rendir un tributo á la mujer, á la vez que á la diva. Que es bellísima, elegante y atractiva, huelga que lo digamos nosotros, pues eso á la vista salta, y se lo saben de memoria cuantos han tenido la dicha de verla y admirarla.

No es este uno de sus menores atractivos en las tablas, ni es condición despreciable en una artista, para conquistarse las simpatías y los aplausos del público.

Conchita Bordalba, nació en Barcelona, y desmintiendo el refrán que dice, que nadie es profeta en su patria, ha conquistado aquí grandes y merecidas ovaciones y entusiastas aplausos.

Sus primeros estudios los hizo en nuestro Conservatorio, pasando después á París y á Milán, donde se perfeccionó, estudiando dos años con los maestros Strakosch y Blasco.

Debutó en Génova con el *Don Carlo*, el año 1888, y cantó después, siempre obteniendo grandes éxitos, en Roma, Florencia, Venecia, Nápoles, San Petersburgo, Moscow y Buenos Aires, en compañía de celebridades, como Gayarre, Tamagno y Masini, y últimamente, en dos temporadas consecutivas, en la famosa Scala de Milán, que la bautizó como artista de *primo cartello*.

El año pasado fué recibida con verdadero entusiasmo por el inteligente público del Teatro Real de Madrid, en donde estaba escriturada sólo para seis representaciones y cantó diez y ocho; entre ellas *Hugonotes, Lohengrin, Trovador* y *Norma*.

En la última primavera se la aplaudió en nuestro Gran Liceo, con *Lohengrin* y *Trovador*, y el día de su beneficio, el publico la tributó una verdadera demostración de entusiasmo y simpatía, como muy pocas veces se ha visto en dicho coliseo.

No merecen menos elogios sus bellos sentimientos de caridad, pues siempre se la halla dispuesta á contribuir con su cooperación á todo fin benéfico. Aquí ha tomado parte en los beneficios del Asilo Naval y en favor de los inundados de Valencia; y el año pasado, cantó en el de los heridos de Cuba, en Madrid.

Reciba nuestra distinguida paisana, con este humilde aplauso, un tributo de leal admiración.

LAS HOJAS SECAS

Vivía á extramuros de la ciudad, en un pisito con vistas al campo. Los álamos del camino azotaban con sus verdes ramas los vidrios de su ventana, y el sol penetraba todas las mañanas, muy tempranito, á despertarla para el trabajo.

Era un entresuelo muy bajo, que permitía examinar desde la calle, todos sus rincones; y tan limpio y aseado que daba gozo.

En la alcoba, su camita blanca como el ampo de la nieve, medio oculta por cortinas de percal muy planchadas; en la sala, una cómoda barnizada, llena de su ropita cuidadosamente distribuída en sus cajones; sobre la cómoda, una imagen de la Virgen de la Soledad; seis sillas de enea, una mesita de pino y algunas estampas pegadas en la pared.

En el alfeizar de la ventana, nunca faltaban macetas de flores, que ella cuidaba con solícito afán.

Siempre que me paraba á contemplar aquel nidito, sentía una sensación de inefable bienestar.

El aire del campo que entraba por la ventana; la luz, que á través de las flores pasaba sonriendo, como complacida en alumbrar aquella celdita; el canto de las aves que albergaban en los álamos, y el murmullo de las hojas de estos copudos árboles que se agitaban dulcemente al soplo de la brisa, daban tal poesía y encanto á todo aquello, que muchas veces me sentí conmovido, y una lágrima de ternura asomó á mis ojos.

Cuando yo la conocí, vivía sola.

Su tía, anciana virtuosa, que la servió de madre, había muerto, y ella, que no congeniaba con sus compañeras y gustaba vivir independiente y dueña de sus acciones, tomó aquella casita y allí vivía retirada del mundo, pensando sólo en sus flores y en sus quehaceres.

Cosía en blanco para una tienda en donde la apreciaban mucho, y salía únicamente para ir á devolver la labor ó á buscar trabajo. El resto del día lo pasaba detrás de la ventana, cose que cose; cantando como un ruiseñor, ó pensando en esos mil deseos vagos de la adolescencia, fantasmas informes, que llenan de ilusiones el cerebro y de esperanzas el corazón.

Yo la conocí una mañana saliendo de misa muy tempranito.

Su rostro, lleno de bondad y dulzura, sus grandes ojos pardos, su cuerpo esbelto y su aire modesto y recatado, me impresionaron vivamente.

La seguí desde lejos, sin ser notado, y la vi entrar en su casa.

Todas las mañanas, antes de ir á clase, pasaba por debajo de su ventana y la veía, siempre afanosa, inclinada sobre su labor.

Ella, al fin, se fijó en mis paseos, pero no los alentó con sus miradas.

Cuando me veía venir, parecía ruborizarse; inclinaba la cabecita, y cosía con ardor.

Llegué á acostumbrarme tanto á aquellas visitas, que no faltaba ningún día.

Jamás la había hecho una seña ni me había atrevido á iniciarla mi amor de ningún modo.

Me causaban respeto su virtud y su soledad, y al mismo tiempo temía turbar con mis pretensiones la paz de aquella alma pura.

Creo que llegó á habituarse á mis visitas matinales, porque, después de algún tiempo, cuando me veía, brillaba en sus ojos un relámpago de alegría, y el rubor de sus mejillas era más intenso y menos disimulado.

Yo comprendí que la gustaban las flores, por el afán con que cuidaba sus tiestos, y todas las mañanas, la arrojaba un ramo al pasar.

Nuestras relaciones no pasaron de aquí.

Vinieron las vacaciones y tuve que marchar á mi pueblo.

¡Cuánto sentí abandonar á mi nueva amiguita!

La última vez que la vi, antes de tomar el tren, se me agolparon las lágrimas á los ojos y tuve que pasar, casi corriendo, para que no notara mi emoción.

Cuatro meses estuve en mi pueblo acordándome siempre de ella y haciendo el propósito de declararla mi amor en cuanto volviera.

Volví al fin.

Era el mes de Octubre, y las hojas secas comenzaban á desprenderse de los árboles, formando movediza alfombra sobre campos y caminos.

Sin saber por qué, me hacía daño aquella agonía de la Naturaleza.

Pensaba en ella y en sus flores, y se me oprimía el corazón.

Mi primera visita fué para verla.

¡Ay!

En su ventana no habían flores; los álamos que azotaban sus cristales estaban secos; el sol penetraba triste y plomizo en su habitación, y ella... ¡ella había desaparecido!

Bajo mis pies se quejaban, holladas por mis plantas, las hojas de los árboles, y, al ser arrastradas por el viento, parecían decirme con su lamento extraño:

—¡No la verás más!.. ¡Era una flor de primavera, y, como nosotras, ha muerto á la entrada del invierno!..

¡Y así era!

Una vecina, á quien pregunté, me lo contó todo.

—Comenzó á ponerse triste,—me dijo,—sin saber por qué. Se pasaba los días asomada, á la ventana como esperando á alguien. Ya no cantaba, y lloraba mucho. Cuando llegó el mes de Septiembre, comenzó á toser y á esputar sangre... Vino el médico y dijo que se moría... A la entrada del Otoño, á la caída de la hoja, espiró como un pajarito. Murió besando unos ramos de flores que tenía siempre al alcance de su mano... ¡Pobrecilla, era una santa!..

Mientras vecina la hablaba, lloraba yo como un niño.

Quise ver su habitación... y me la enseñaron.

Estaba vacía, y por la ventana habían penetrado, arrojadas por el viento, millares de hojas secas que parecían llorar la ausencia de mi amiga.

Me arrodillé en el suelo, besé el sitio donde había muerto... y salí de allí herido de muerte.

Desde entonces, las hojas secas me la recuerdan siempre, y, cuando veo el escobón de los guardapaseos que las barren sin delicadeza, me parece que barren pedazos de mi corazón.

Las hojas secas, son para mí sagradas, y las rindo un culto fervoroso.

VICENTE SUAREZ CASAÑ

TORCUATO TASSO

SARAH BERNHARDT, EN LA TRAGEDIA «GISMONDA»

¡DEMASIADO TARDE!

(Continuación).

—Sin embargo...

—Basta de digresiones; prepare usted los pinceles y ¡al avío!

¡Quién osara contradecirle! Quieras ó no, tuvo el artista que emprender su tarea.

Ayudada por Dolores, quitóse Laura el sombrero, pues no era cosa de retratarse con él; reparando al espejo, los desperfectos del peinado.

En tanto, colocaba el pintor en lugar conveniente la butaca destinada á la joven.

—Ven cerca de mí, papá;—dijo tímidamente ésta, ocupando el sitial.

—No; prefiero ponerme detrás del señor... para ir viendo el efecto.

Daniel, visiblemente emocionado, indicó al original la posición que debía tomar; arreglando con exquisito gusto y delicadeza los pliegues de su vestido.

Terminada esa indispensable operación, sentóse en el taburete de trabajo, y, aparentando una resolución de que en realidad carecía, cogió la paleta y los pinceles.

La huérfana se colocó de pie á su derecha, para infundirle valor, si acaso desfallecía.

Porque, en la hija del general había reconocido á la mujer que causaba la desesperación de su hermano.

Por cierto que, á pesar de odiarla instintivamente en pintura, cobróla viva simpatía, al examinar sus ideales facciones, traslado fiel de un alma pura y cándida; confesando, con íntimo gozo, que, en una criatura tan angelical, no cabía sombra alguna de pecado.

Situóse Víctor al lado de Laura, punto el más á propósito para recrearse de lleno y á su sabor en la espléndida hermosura de la que le llevaba á mal traer.

El anciano ocupaba con marcial continente la izquierda del pintor, dominando la situación... y acariciando su larga y canosa perilla, de la que tiraba sin piedad, para contener sus agitados nervios.

En esta situación los cuatro personajes, Daniel apuntó el tiento sobre la tela, disponiéndose á comenzar el retrato.

Durante algunos minutos, estuvo en muda contemplación del modelo llamado á reproducir; embelesándose en las puras líneas y pálidas tintas de aquel semblante... fotografiado en su cerebro y esculpido en su corazón.

Laura fué bajando los ojos insensiblemente, no pudiendo resistir la dolorida mirada del joven que, á su vez, iba inclinando la frente, confuso y desalentado.

La voz ruda del general les sacó de su abstracción.

—¿Qué es esto? ¿No pinta usted?

Dolores tocó en el hombro á su hermano, quien, sacando fuerzas de flaqueza, acercó al lienzo el pincel que con dificultad sostenía su diestra.

Veces distintas, intentó comenzar el perfil de la seductora niña. ¡Imposible! Su brazo convulso negábase á obedecer; el pincel temblaba en su mano, como la hoja en el árbol.

—¡Mal anda ese pulso, amigo!—exclamó el angustiado padre, con enronquecido acento, que, á modo de trueno lejano, presagiaba próxima tempestad.

Alentado por la huérfana, volvió Daniel á la obra, trazando una línea tan incorrecta y temblorosa, que el anciano pegó un respingo y soltó una carcajada impropia de su elevada categoría.

—¡Ja! ¡ja! lo dicho; hemos escogido mala ocasión. ¡No está usted para firmar!

Presa de mortal zozobra, Laura, reclinó la cabeza sobre el respaldo del sillón, llevándose el pañuelo á la cara, mientras Dolores, atemorizada y suplicante, decía al oído de Daniel:

—¡Pinta, por Dios y todos los santos!

—¡Si no puedo! — exclamó el pintor,—¡si no puedo!

El general que, desde su llegada había cuidado de observar en que parte del taller se hallaba el sospechoso lienzo, origen de su inquietud, se posesionó de él, y... levantándolo en alto, de suerte que todos lo vieran, gritó trémulo de coraje:

—¡Basta de farsa! ¿Le sería á usted más fácil, señor mío, servirse de este modelo?

Aquel inesperado arranque, produjo en los distintos personajes del cuadro el natural efecto, reflejándose en el rostro de cada cual, la emoción que instantáneamente experimentara.

Confusión en el de Daniel, asombro en el de la inocente Laura, espanto en el de Dolores é indignación en el de Víctor.

Simultáneamente y á impulso de dicha emoción, brotaron de los respectivos labios las siguientes frases:

—Suplico á usted que suspenda su juicio hasta escucharme.

—¿Qué significa esto? No acierto á comprender...

—¡Señor! ¡por caridad, conténgase usted!

—¿Lo quieres más claro? papá.

La exaltación del ofendido padre crecía por grados.

Abalanzándose á su hija, con descompuesto ademán, arrastróla de la mano hasta el caballete en donde había dejado el lienzo acusador, diciéndola en tono á la par irónico y severo:

—Ven,... mira; ¡eres tú! ¡Tú, Laura!..

—Sí, ¡ella es!—agregó el capitán, no menos enojado.

—¿Cómo se halla tu retrato en poder de ese hombre?

—¿Habrás sido capaz de olvidar lo que debes á tu decoro?

Laura no contestó; los encontrados sentimientos que combatían en su alma paralizaban su lengua. Pero, á falta de palabras, los expresó con los ojos, envolviendo al pintor en una mirada henchida de dolorosos reproches y venturosas promesas.

Tomando el silencio de la acongojada doncella por tácita confesión, el anciano desató contra la infeliz los rayos de su cólera.

—¡Infame! ¡has mancillado mis canas!

Agobiada por el peso de tamaña acusación, cayó Laura de rodillas, murmurando:

—¡Ah, no; no, padre mío!

—Esa prueba te condena. ¡Qué hiciste desdichada!

Alzó Daniel la abatida frente y, obedeciendo á una súbita resolución, se interpuso entre el padre y la hija, diciendo con respetuosa seguridad:

—No la atormente usted, general, ni la interrogue acerca del particular; aunque quisiera, no podría contestarle.

—¿Cómo?

—Si existe culpa... el responsable soy yo.

—¡Por Cristo que el lance tiene gracia!

—Me había jurado no revelar jamás el secreto que guardo en el pecho; pero, ante una sospecha tan horrible, vengo obligado á hablar. Sírvase prestarme atención.

Durante este corto preámbulo, Laura, con auxilio de Dolores, se levantó del suelo, sentándose de nuevo, pues su postración no la permitía permanecer en pie.

—Aquí donde usted me ve,—manifestó Daniel,—cumplí veinte y seis años, sin conocer el amor. Pesares y privaciones... que no vienen á cuento, me tenían acobardado; consagrándome por completo al sostén de mi pequeña familia. ¡Me atrevo á asegurar, que durante ese tiempo, no miré más que á mi madre y á mi hermana, siéndome indiferentes las demás mujeres! Un día, hará aproximadamente seis meses, quiso mi mala ventura que viese en la calle á esta señorita. No iba sola; la acompañaba una señora de edad avanzada. Su extraordinaria belleza me impresionó de tal suerte, que cometí la imprudencia de seguirla. ¡Harto lo he lamentado luego! Entró ella en una casa de suntuoso aspecto, yo me instalé en el portal de enfrente, aguardando á que saliera; dándome á comprender su tardanza, que habitaba allí. La casualidad hizo que, cuando me disponía á retirarme, se asomara á un balcón del primer piso. La convicción de que era aquel su domicilio, me contrarió en gran manera, pues, á no dudar, la hermosa desconocida pertenecía á una clase muy superior á la mía.

—¡No se equivocaba usted!

—Atormentado por ese triste pensamiento, me marché, con el propósito de no volver.

—¡Hubiera obrado muy cuerdamente!

—Pero... al corazón no se le manda. El es quién impera en nuestra voluntad; él quién encaminó al día siguiente mis pasos hacia la calle de que pretendía huir. Como en el anterior, esta señorita se asomó al balcón...

no por mí, general; estoy seguro de que ni sospechaba siquiera la simpatía de que era objeto.

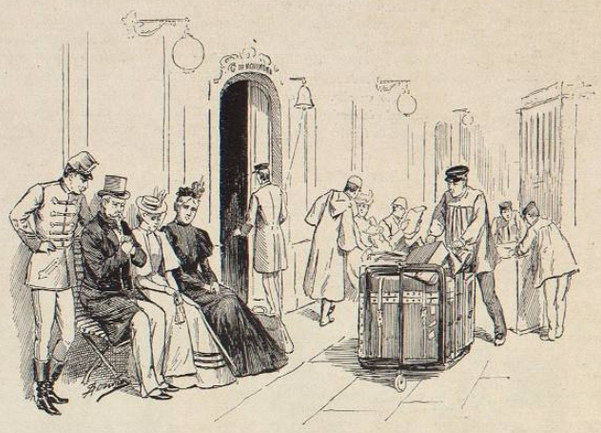
Si en aquel momento, el padre ó el hermano de la aludida hubiesen advertido el súbito rubor de su sem-

blante, desmintieran rotundamente la apreciación del pintor.

Las mujeres poseen el dón de ver sin mirar, y... bajo este concepto, cabe en lo posible que la joven se fijara, sin demostrarlo, en el callejero galán.

—Excuso manifestar á usted,—añadió Daniel,— que mi imprudencia se repitió diariamente. Me estacionaba en sitio oportuno, y no me movía, hasta recrearme de lejos en el ángel de mis primeros amores! ¡Porque yo amaba á su hija, general; la amaba con toda mi alma!

Al oir aquella franca declaración, tosió éste para disimular su disgusto, y Víctor lanzó al pintor una desdeñosa mirada que le hubiera herido cruelmente, si no le aplicara Laura el anticipado bálsamo de otra que, con elocuencia castelariana, pregonaba un amor igual al suyo.



—¡No me tache de presuntuoso ni osado. Nunca me hice la ilusión de alcanzar tan gran tesoro! Si alguna vez acariciaba esa consoladora esperanza, decíame á mí mismo: «calla, loco; calla. ¿Quién eres tú, pobre artista, sin nombre ni fortuna, para aspirar á la mano de esa hermosa niña, que vive en la opulencia y lleva quizá un nombre ilustre? ¿No conoces que no eres digno de ella? ¿qué no la mereces?»

—¡Pero... seguía paseándola la calle, por si acaso!

—Tan convencido estaba de mi inferioridad, que ni siquiera indagué su nombre. ¡Me bastaba saber que no había nacido para mí!

—Debía usted huir de ella, en vez de vigilar sus balcones, exponiéndola á las hablillas del vulgo.

—¡No pude, señor; no pude! Cuanto más la veía, más se acrecentaba mi deseo de verla. No aspiraba á otro premio; ¡juzgue usted de si me contentaba con poco! Pero ¡ay! un día no la vi, ni al otro... ni en los sucesivos. Sin duda, observó mi persistente persecución y... en justo castigo, no volvió á asomarse.

—¡Así obran las mujeres que se estiman en algo!

A serle dable, Laura hubiera respondido: «no fué por castigarle, sino porque me hallaba veraneando en nuestra quinta de Pozuelo. ¡Bastante echaba de menos aquel ratito de balcón!»

—Entonces,—prosiguió Daniel, con un entusiasmo rayano en delirio, — no resignándome á perderla para siempre, concebí la idea halagadora de apropiarme su hermosura, alzarla un altar en mi misma morada, rendirla en secreto el tributo de mi amor, noble, puro, desinteresado, muerto para el mundo y eternamente vivo en mi corazón. Quise verla de día, de noche, á todas horas, sin enojosos testigos ni inaccesibles distancias; que descendiera hasta mí, ya que no podía elevarme hasta ella.

El sentimiento del pintor, al formular esta espontánea confesión, se comunicó á sus oyentes, que apenas respiraban.

La agitación del palpitante seno, revelaba en las dos jóvenes su angustiosa ansiedad.

Víctor, en cuya alma empezaba á germinar un fuego parecido, deponía gradualmente su enojo, admirando en silencio la grandeza de aquella pasión.

El general... la admiraba también; pero, el maldito orgullo, anteponiéndose á su buen sentido y probada bondad, le impelía á condenarla.

—He aquí, señor;—repuso el artista, trocando en humildad su entusiasmo,—la historia de ese cuadro que usted calificó de retrato... y que es únicamente el fruto de mi calenturienta imaginación. Guiada la mano por desesperado vértigo, tracé inconscientemente en ese lienzo el busto ideal de mi hermosa desconocida; con los colores de mi paleta, y sin necesidad de modelo, animé sus delicadas facciones. La obligué á mirarme dulcemente, como yo apetecía; hice que se sonriera, conforme yo anhelaba;... y caí de hinojos á sus pies, venerándola en efigie, cual veneran en el ara santa los cristianos á la inmaculada virgen. Le he manifestado la verdad, y la garantizo bajo palabra de honor. Recrimine mi loco desvarío, si lo juzga digno de censura; pero, absuelva á su inocente hija del tremendo fallo con que iba á anonadarla.

—Bien, — murmuró el general, después de una prolongada meditación.— El daño ha sido por fortuna menor de lo que yo temía. Abrigo el convencimiento de que el tiempo enfriará esa fantástica quimera. A su edad, las enfermedades del amor se curan fácilmente.

—¡O matan al enfermo; que para el caso es lo mismo! — arguyó Daniel, con aterradora frialdad.

El tono acre del anciano y sus intencionadas frases, no dejaban lugar á duda.

Equivalían á una negativa anticipada, para que el pintor no se decidiera á aventurar una petición formal.

¿Quién se atrevía á contradecirle?

¡No sería, de fijo, la pobre Laura, cuya voluntad nadie se tomaba la molestia de consultar!

Tras otra pausa, igualmente penosa, el padre de la interesada, revistiéndose de entereza, dijo al desahuciado amante:

—Este asunto ha terminado; réstame tan sólo insistir en mi pretensión, con mayor motivo que antes. ¿Cuánto vale ese cuadro?

—He tenido el honor de indicarle que no está en venta.

(Se continuará.)

MOSAICO

Al aparecer este número, tenemos que hacer copartícipes á nuestros lectores de la amargura que experimentamos por la muerte del gran artista Don Benito Mercader. Fué autor del famoso *Entierro de San Francisco*, laureado con el premio de honor en el *Salón* de París, y adquirido para el Museo del Prado. El pintor y catedrático que acabamos de perder, trajo al arte español, toda la hermosa verdad de la naturaleza y del sentimiento, por la sinceridad más honrada, sin tributo á farandulerías que tanto han perjudicado la historia de nuestra moderna pintura. Descanse en paz el hombre de mérito, y reciba su atribulada familia la expresión de nuestro dolor y respeto.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

Cubierta: *Cuadro alegórico de Nochebuena*, por Cecilio Plá.

Nochebuena: caricaturas de Xaudaró.

Páginas en color: *En el portal de Belén*, por Arturo Seriñá.

La Natividad del Señor; poesía.

La plaza Mayor de Madrid, en Nochebuena, á principios de siglo; cuadro de Angel Lizcano.

Mercado de pavos en Barcelona: cuadro de Félix Mestres.

La Nochebuena del soldado: cuadro de Enrique Estévan.

Páginas en negro: *¡Nochebuena!* por Vicente Suárez Casañ, ilustraciones de Pahissa.

¡Noche triste! por Salvador Carrera; ilustración de Diéguez.

Sensiblerías de la muerte: cuento de Nochebuena, por Luis de Val.

¡En capilla! dibujo de A. Segura.

¡De juerga! pandero, pintado por J. Garnelo Alda, con texto alusivo.

El milagro: artículo por Eusebio Blasco.

De pura raza: reproducción directa de un cuadro del inolvidable Llovera.

¡Demasiado tarde! (continuación de la novela), por Salvador Carrera.

Mosaico.

Regalo: *La Berceuse:* composición para canto y piano, por Fermín M. Alvarez, con ilustraciones de Arturo Seriñá.

Libros presentados á esta redacción por autores ó editores.

Prosa y Versos, por Fernando Franco Fernández, con un prólogo de don Rafael Serrano Alcázar, un intermedio de don Sinesio Delgado y un epílogo de don Salvador Rueda. — Albacete, imprenta de Luciano Ruiz. — Precio, 1 peseta.

Mujeres. Vidas paralelas, por Concepción Jimeno de Flaquer. — Un elegante tomo de cerca de trescientas páginas; se vende al precio de 2'50 ptas en Europa y *1 peso* en América. — Tipografía de Alfredo Alonso. — Madrid.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria

LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

Desde que, ignorado y pobre,
cumpliendo la profecía,
nació el hijo de María
en un portal de Belén;
con inefable delicia,
adora el orbe cristiano
al excelso Soberano
que es fuente de todo bien.

El tiempo, en su fuga rápida,
se llevó cuanto ha existido;
razas y pueblos han sido
arrastrados sin cesar;
solo El vive eternamente,
del mortal para consuelo,
teniendo un trono en el cielo
y en cada pecho un altar.

Por esto, un año tras otro,
al sonar la hora gloriosa
de su fausta y generosa
terrenal aparición,
himnos de gozo le elevan
así el pobre como el rico,
el más grande y el más chico,
pues por El hermanos son.

Modestamente el obrero,
con largueza el potentado,
todos, conforme á su estado,
santifican por igual,...
dando al placer incentivo,
ó corta tregua á la pena,
aquella *noche*... tan *buena*
que no ha tenido rival.

Puesto que somos partícipes
también del grato jolgorio,...
sin juzgarlo meritorio,
porque el deber no es virtud,
santificarla queremos,
como solventes deudores,
mostrándoos, caros lectores,
nuestro aprecio y gratitud.

De tal Pascua la grandeza
disfrutad este año... y ciento;
si Dios escucha el acento
nacido del corazón,
concederá tanta dicha
á vuestra casa y persona
cuanta para sí ambiciona
esta humilde Redacción.

EL PORTAL DE BELÉN, por Arturo Seriñá

Lit. Labielle

¡NOCHEBUENA!

Había pasado un día agitadísimo.

Ni siquiera recordaba que al siguiente era Navidad.

Llegué á mi casa y me arrojé en el lecho presa de hondo pesar.

A poco quedé dormido, y soñé.

A mis oídos llegaron cánticos lejanos de alegría; murmullos de plegarias; músicas celestiales de órganos tocados por ángeles sin duda; besó mi frente una brisa perfumada que infundió en todo mi sér un bienestar inefable y me sentí transportado al espacio como en brazos de un genio invisible.

Abrí los ojos y vi á mis pies montes y valles cubiertos de inmensa sábana de nieve que, á los rayos pálidos de la luna, centelleaba con vistosos cambiantes de plata y azul. A lo lejos se levantaban, gallardas y arrogantes, las agujas de una iglesia, dibujando sobre el fondo obscuro del firmamento las filigranas de su gótica silueta. Por sus ojivales

ventanas salían raudales de luz que rompían las tinieblas del espacio, y me pareció que los monstruos de las gárgolas, las cariátides de los chapiteles y los ángeles de las cornisas se agitaban y movían como poseídos de vida sobrenatural.

El ronco estruendo del torrente, precipitándose por las quiebras de las peñas, y las sinuosidades de su curso; el prolongado y monótono lamento de los bosques que agitaban las ramas de sus corpulentos árboles, combatidos por el viento; el grito lejano de algún ave; el relincho de un caballo ó el ladrido de un perro, hacían más pavoroso el silencio de la noche y la soledad del campo.

A este grandioso concierto de la naturaleza se unía la voz del órgano que, allá en el templo, lanzaba acordes celestiales, y la voz de los fieles que entonaban cantos de aleluya.

Sentí mi alma transportada; un estremecimiento de sublime entusiasmo y santo misticismo embargó mis sentidos, y creí ver, allá en el cielo, rasgadas las nubes y á los ángeles de fiesta.

Seguí adelante y llegué á una aldea.

En la plaza estaba congregado el vecindario entero, que al son de panderos y zambombas se entregaba á una danza desenfrenada y fantástica.

Más allá, en un apero, unos pobres pastores bailaban también y reían.

Seguí marchando, y á mis ojos se presentó la inmensa mole de una capital populosa.

La misma locura, los mismos cantos, igual alegría.

Entré en los hogares humildes, subí á los palacios, recorrí las calles, entré en los templos, y en todas partes vi fiestas y regocijo.

Aquí sopa de almendra y besugo; allí banquete espléndido y copas rebosando de espumoso champañ; más allá pelotones de menestrales metiendo infernal ruido con panderos y sonajas, y en los templos, luces, incienso, cantos y rezos.

Llegué á una inmensa llanura, y al notar que estaba llena de tiendas de campaña, y de pabellones de fusiles, pensé:

—Aquello es un campamento. Los hombres que habrá allí, lejos de sus hogares y expuestos á perder la vida en el primer encuentro, no estarán alegres.

La muerte se cierne sobre su cabeza. Habrá muchos que tendrán madres, esposas idolatradas, hijos queridos y haciendas abandonadas.

Allí reinará la tristeza y la desolacion.

Pasé muy cerca y oí también cantos de júbilo y estruendo de guitarras, y vi bailar la sardana y el zortzico al rededor de las hogueras.

—¡Qué noche será esta,—me pregunté lleno de admiración,—qué noche será esta que así hace enloquecer á la humanidad de alegría!

Entonces oí á lo lejos un coro inmenso de voces que cantaba en todas las lenguas:

¡Esta noche es Nochebuena!...

...¡Ah!..

¡Sí, era Nochebuena!

Era el aniversario de aquella noche en que el Hijo de Dios bajó al mundo á redimirnos.

¡Fecha santa, fecha gloriosa, fecha imperecedera que el Orbe Católico venera con fiestas y regocijos!

Y me pareció oir un himno inmenso que entonaban el cielo y la tierra, y que una luz vivísima alumbraba mi conciencia, y un bálsamo milagroso cicatrizaba mi corazón.

Miré hacia abajo con lástima y con pena, y lloré por los que no comprenden los sacrosantos misterios de nuestra Santa religión.

No medité, no discurrí.

Vi y sentí.

Era la fe la que me llevaba en sus brazos.

Me hallé poseído de místico recogimiento y de un éxtasis inefable, y caí de rodillas.

. . . . . .

Cuando desperté de mi sueño, pasaban por mi calle los rezagados que volvían de la misa del gallo.

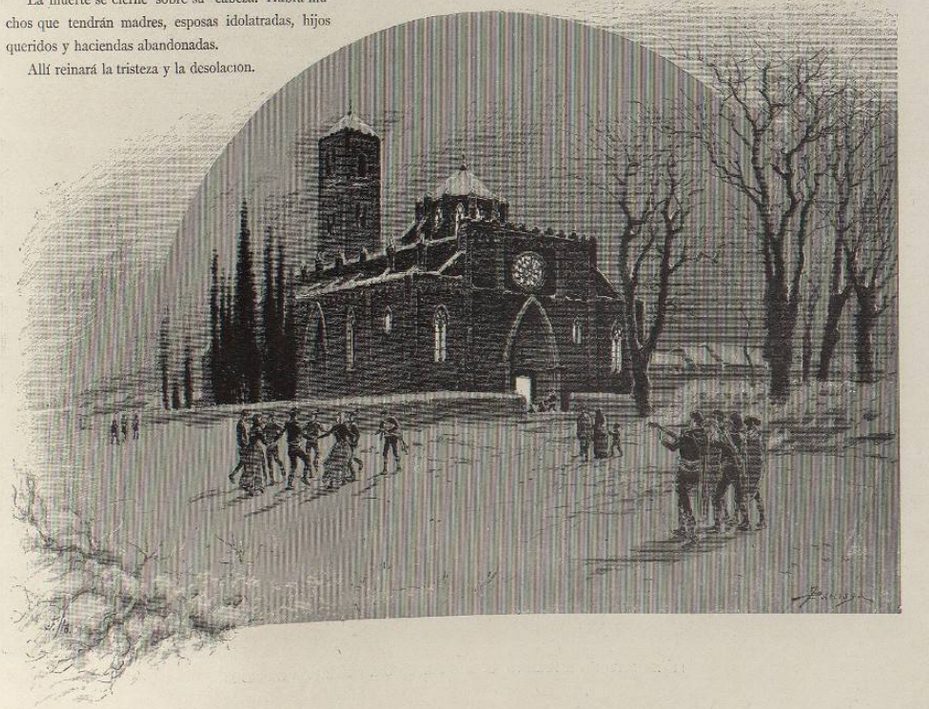
Encendí una luz, me levanté, y fuí á postrarme ante una imagen de Cristo Crucificado.

Crucé las manos, cerré los ojos y recé.

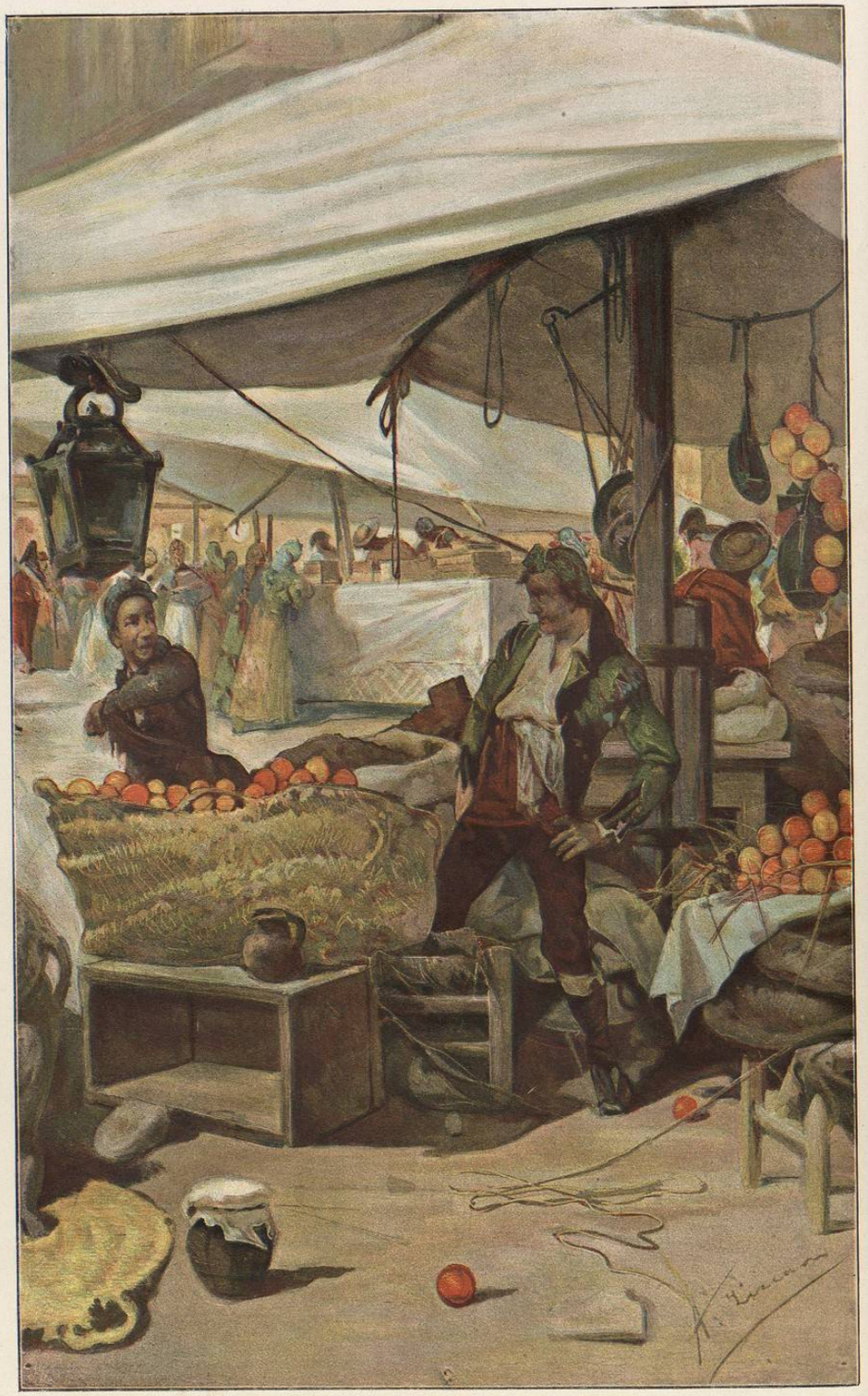
¡Fué aquella mi mejor Nochebuena!

VICENTE SUAREZ CASAÑ

ILUSTRACIONES DE PAHISSA

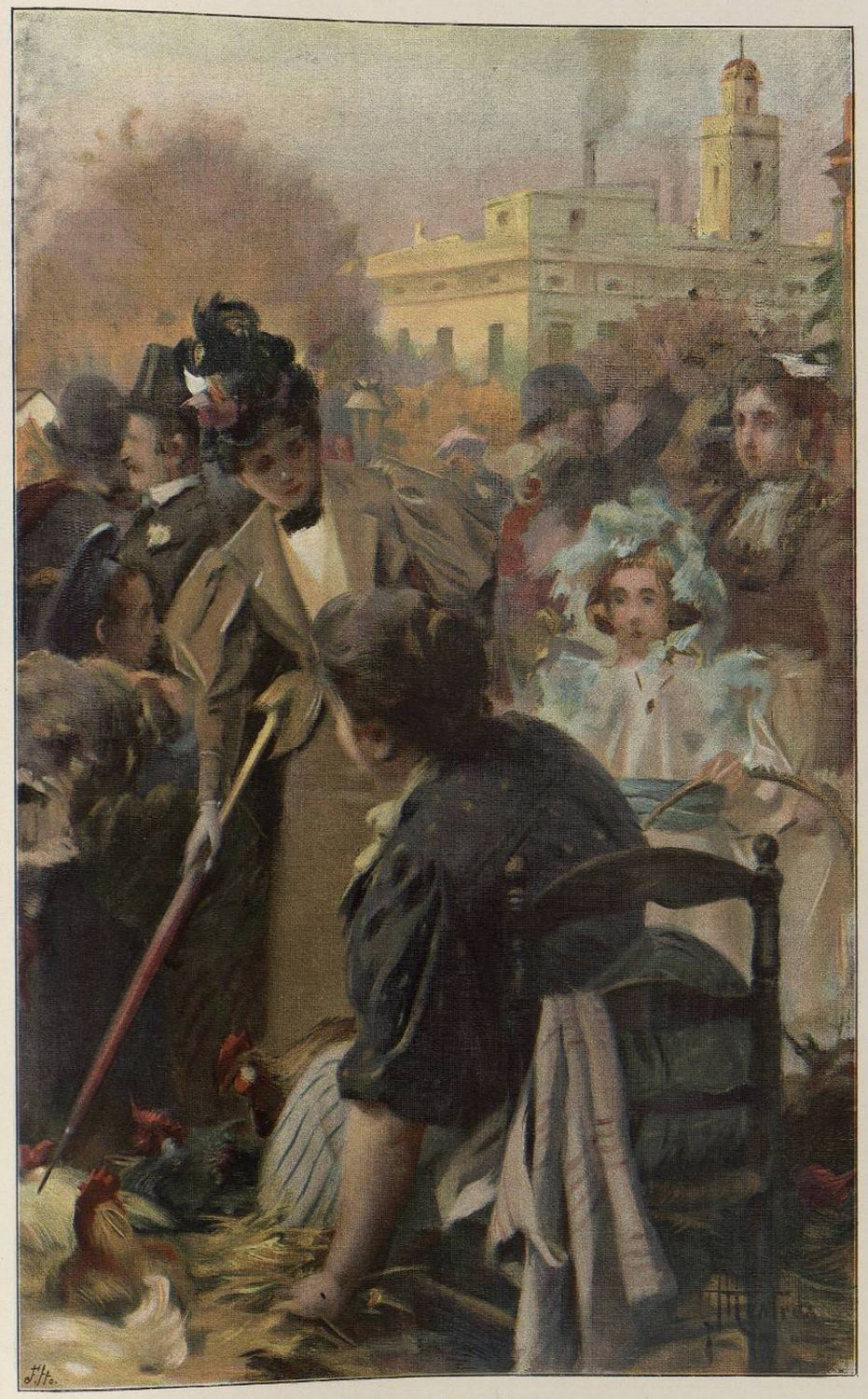


ANGEL LIZCANO



PLAZA MAYOR DE MADRID EN NOCHEBUENA, A PRINCIPIOS DE SIGLO

FELIX MESTRES



MERCADO DE PAVOS EN BARCELONA